

Sonata de otoño

Antonio Pereira

Las *memorias del Marqués de Bradomín* fueron importantes para mi adolescencia. Con ellas me encontré en los primeros años del bachillerato. Los años del instituto marcan el futuro hombre más que la niñez o la plena juventud, y yo los pasé en un colegio asomado a la casa donde naciera Gil y Carrasco, el de *El Señor de Bembibre* y las poesías románticas. Parece mentira que en una población de cuatro o cinco mil habitantes -hablo de Villafranca del Bierzo- se pudiera encontrar en una librería tal surtido. Para cuando empezaba a apuntarse el bozo oscuro en mi labio, ese momento ingrato de la fisonomía del varón, yo había leído decenas de novelas rusas, *Las mil mejores poesías*, me emocionaba con Dickens, me perdía en los *Cantos de Maldoror*, que también estaban allí, en las estanterías de mi tío Tomás, impresor y librero. Hubo una temporada en que me apasionaron los cálices de ópalo y los nelumbos de Vargas Vila. Pero el encuentro con Valle-Inclán, el de las Sonatas, me puso delante de los ojos una estética brillante, aunque menos exagerada, más proporcionada y por ello más eficaz.

La *Sonata de Otoño* la leí no sé cuántas veces, desde la dedicatoria -A don Armando Palacio Valdés- que ahora bajaba en mi estimación hasta aquel "Lloré como un Dios antiguo al extinguirse su culto..." Es verdad que también me había seducido la Niña Chole en su tierra ardiente (los siete copiosos sacrificios, en aquella edad mía, me parecieron de lo más verosímil) y me gustaba la escenografía invernal y carlista y el morbo eclesial de la *Sonata de Primavera*... Pero algo muy íntimo me enlazaba sobre todo con el paisaje y con los personajes de *Sonata de Otoño*. Quizás pueda explorarlo un poco.

Sonata de Otoño es una historia del Noroeste. Creo que con la lectura de sus páginas tomé conciencia de un territorio al que pertenezco y dentro del cual iba a sentirme siempre. No coincide con el geográfico de límites físicos ni con el político y administrativo de las autonomías, es un territorio del alma que comprende la Galicia de Valle-Inclán -por supuesto- y de Elena Quiroga y de Cunqueiro (por no remontarnos a Prisciliano y a la monja Egeria...), pero también el Bierzo, los cuentos de Clarín, Ricardo Gullón y los de Astorga, la Sanabria de *San Manuel Bueno y Mártir*, la catedral de León. A poniente y al norte pisaba como propio el mundo de Bradomín y de sus amantes pálidas. Pocas veces he respirado tanto el país de un libro. Yo olía la llovizna implacable. Yo veía los distintos tonos del verde. Con paradójica espontaneidad, mi

ámbito tiende a lo solemne. Lo que decía Stendhal “En las naturalezas enfáticas, el énfasis es lo natural”. Cuenta Valle/Bradomín que el mayordomo había venido a traerle carta de Concha y a buscarlos para ponerse los dos en camino. Manteníase ante la puerta, jinete en una mula y con otra del diestro. En mi pueblo se oyen frases así. Yo estaba de lo más predispuesto para un discurso encantado con aquellos frutos de primor. Y qué decir de la toponimia: las tierras de Lantaño, Viana del Prior, Santa Baya de Cristamilde... No eludiré en este reencuentro el aliciente de un erotismo refinado, que nada tenía que ver con el de los novelistas llamados galantes. En los pies de Concha “las venas azules trazaban ideales caminos a los besos. Y donde fabuladores más toscos se precipitarían en el lance de desnudar a la hembra, don Ramón elige el demorado rito de vestirla: las medias de seda negra, las ligas, los lazos íntimos con broches de plata... Yo quería ser Bradomín, el marqués, y amar a una mujer enferma durante una noche entera. ¡Qué barbaridad! Y, en fin, la técnica misma del relato. La novela no tenía paja. Cuando aún no había oído hablar de Borges yo barruntaba aunque con otras palabras el desvarío laborioso y empobrecedor que es llenar páginas y páginas para contar una historia. En las seis primeras líneas de *Sonata de Otoño* está la llamada patética de una mujer, la compasión de un narrador arrogante —él nos habla de la “la pobre Concha”— y está la promesa de un desenlace que parece inminente... Ahora en la relectura, me admira como entonces el equilibrio de un Valle-Inclán que con tanto equipaje estético camina rápido y directo. La historia otoñal en el Palacio de Brandeso es densa. Y su extensión andará por las otras obras breves e intensas como *La familia de Pascual Duarte*, *La sinfonía pastoral*, *Lazarillo de Tormes*, *La metamorfosis* de Kafka. Sé que hablo de una personal propensión como lector y como escritor. Pero no de otra cosa se trataba.